

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

La agricultura familiar pampeana entre la realidad y el mito.

Eduardo Azcuy Ameghino y Gabriela Martínez Dognac.

Cita:

Eduardo Azcuy Ameghino y Gabriela Martínez Dognac (2009). *La agricultura familiar pampeana entre la realidad y el mito. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/397>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La agricultura familiar pampeana entre la realidad y el mito

Eduardo Azcuy Ameghino

Gabriela Martínez Dougnac

*Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios, Fac. Ciencias Económicas, UBA.
gmd@interlink.com.ar*

El conflicto desatado por el intento oficial de aplicar un sistema de retenciones móviles a las exportaciones de granos, que de diferentes maneras continúa expresándose hasta la actualidad, trajo aparejadas entre sus consecuencias la puesta al día de las discusiones sobre el papel de la pequeña y mediana producción agraria pampeana, contribuyendo las diferentes posturas tanto a sumar argumentos a favor de la política gubernamental como de la razonabilidad de la protesta agraria.

Así, entre las opiniones que consideran que la producción de tipo familiar todavía juega un rol significativo y las que juzgan que el chacarero tradicional ha virtualmente desaparecido, en esta ponencia nos proponemos pasar revista críticamente a una serie de elementos de juicio que, de acuerdo con nuestro criterio, contribuyen a fundamentar una interpretación que partiendo de reconocer la importancia histórica de este tipo de agentes socioeconómicos, su evolución, y la difícil subsistencia de los mermados contingentes que aún existen, enfatiza la eficacia del proceso de “deschacarización” agudizado durante los últimos veinte años.

Para ello, se considerarán las dos formas principales que adoptó en la región el proceso de crisis de esta clase de unidades de producción: *la desaparición de explotaciones*, fenómeno que como parte de las tendencias a la concentración del capital ha afectado sobre todo a la pequeña producción, donde se incluyen la mayoría de las EAPs chacareras; y *la transformación de su carácter familiar en uno puramente capitalista* mediante la incorporación total o cuasi total del recurso a la tercerización de las labores culturales, problemática anudada en torno a los efectos generados por el auge del contratismo de servicios agropecuarios.

Por último, nos plantaremos el problema emergente del fuerte contraste que observamos entre la avanzada fase actual de descomposición y eliminación de la producción familiar y la tenaz persistencia, desproporcionada ya en relación a su base material real, de la ideología, la organización y las tradiciones político-culturales características del sector chacarero.

Algunos fundamentos de la producción chacarera

Entre los fundamentos de la existencia de la producción chacarera, cabe señalar que en ciertas condiciones del desarrollo de las fuerzas y escalas productivas la pequeña producción mixta estimula el despliegue de la unidad familiar en tanto exige, más allá de los picos estacionales de demanda de trabajo extrapredial, un aporte laboral casi permanente que difícilmente se resuelve sin que una parte suficiente del grupo doméstico resida en la explotación.

Cabe recordar que la chacra mixta fue durante mucho tiempo, y especialmente en las primeras siete décadas del siglo XX, un tipo de establecimiento que sumó a la agricultura –generalmente la actividad principal- el concurso de la ganadería vacuna (cría, engorde y tambo, en pequeñas escalas), del ovino y, especialmente en la zona maicera, del porcino. Estas actividades tuvieron en general una orientación comercial, pero también resultaron en muchos casos consistentes con el consumo doméstico, articuladas con la presencia de huertas, gallinas y otros animales de corral. De manera que era la operación de estas tareas, más que los cultivos extensivos propiamente dichos, la que reclamaba la presencia de un núcleo familiar residente en la explotación.

Un proceso lento pero constante de especialización productiva, de creciente profesionalización de las actividades, y las progresivas modificaciones en los planteos productivos determinadas por el movimiento de las rentabilidades relativas de los diferentes productos, fueron horadando lentamente los esquemas tradicionales, que sufrirían un rudo cimbronazo –especialmente en la zona núcleo- con la introducción del doble cultivo trigo-soja consolidado durante la década de 1970.

En este sentido, la mayor rentabilidad de la agricultura que tendió a desplazar a la actividad ganadera del interior de las chacras, al menos donde las características de los campos lo permitieron –con la liquidación de las correspondientes instalaciones-, articulada con el abandono de la huerta y

la cría de aves de corral, determinaron en muchos casos el abandono de la residencia en la explotación de las familias chacareras, lo cual acarreó por un lado un cambio de vida, y por otro la apertura a otras actividades extraprediales, debilitando el contenido familiar de las explotaciones que quedó acotado al aporte laboral en el desarrollo de la agricultura extensiva, especialmente en siembra y cuidados del cultivo.

El capitalismo y la desaparición de las explotaciones familiares

La producción familiar en la agricultura moderna, a partir de un prolongado proceso histórico y en el marco de las determinaciones que imponen las relaciones y el predominio del modo de producción capitalista, tiende a descomponerse, a integrarse y a redefinirse. Siendo un hecho históricamente irrefutable la descomposición –tendencial, *suficiente*¹ y progresiva- del campesinado y de la agricultura familiar, también hay que tener en cuenta que no debe darse por acabado este proceso ya que las leyes propias del desarrollo del capital tienden a definir una situación de inestabilidad de la organización social que implica la producción doméstica, impulsándola hacia la proletarización, en la mayoría de los casos, o hacia el aburguesamiento en otros. La transformación de las formas de producción predominantemente familiares en el ámbito rural implica que una fracción significativa de los agricultores continúa conservando la condición de productores directos, aún explotando circunstancialmente trabajo asalariado (chacareros ricos),² y una parte de los asalariados rurales continúa operando explotaciones agrarias, propias o arrendadas, en muchos casos insuficientes para la reproducción del núcleo familiar, por lo que deben recurrir periódicamente a la venta de su fuerza de trabajo, lo que constituye una característica de los semiproletarios y de los chacareros pobres.

También la persistencia del campesinado capitalizado en las economías capitalistas más avanzadas da cuenta de la desigualdad del desarrollo del capital en la agricultura.³ Sin embargo un rasgo común, y sobre todo notorio, a partir de las últimas décadas es que los productores familiares, caracterizados por ser todavía una fracción muy numerosa dentro del universo de las explotaciones agrarias, a medida que avanza el desarrollo capitalista van perdiendo su antigua incidencia en la producción, aunque de manera mucho más lenta y más irregular que la forma lineal y absoluta que atribuyen algunos autores a la visión leninista del proceso de descampesinización.⁴

¹ Eduardo Azcuy Ameghino. “Capitalismo y campesinado: el marxismo y las clases sociales en el campo”. En: *Trincheras en la Historia. Historiografía, marxismo y debates*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2004.

² Guillermo Flichman. *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino*. Siglo XXI, Bs. As., 1986, p. 117.

³ Howard Newby. *Introducción a la sociología rural*. Madrid, Alianza Editorial, 1983. pag. 62.

⁴ Desde la perspectiva de la teoría marxista, este proceso no es lineal y presenta una serie de cualidades contradictorias. Aún tomando -en la región pampeana y en diversos períodos- las formas “clásicas” (descomposición hacia “arriba”, vale decir reproducción ampliada y aburguesamiento, en el sentido de suplantación de trabajo familiar por diversas formas de

Los números del proceso se reflejan en la desaparición creciente de pequeñas unidades de producción, especialmente en las que predomina el trabajo familiar; en la decreciente participación de éstas en el total de la producción agraria; y en su constante pérdida de recursos –tierra, capital, crédito- más allá de los breves ciclos en los cuales, en virtud de coyunturas especialmente favorables, pueda circunstancialmente detenerse y/o revertirse parcialmente dicho proceso.⁵

El papel del contratismo de labores en la redefinición del carácter de las EAPs agrícolas⁶

¿Cómo incide en la caracterización de las explotaciones familiares (y de sus titulares) el recurso pleno al contratismo de servicios? ¿Qué queda de la personalidad campesina de todas las capas de chacareros medios y pobres en la medida que remplacen -y esto varía según grados y medidas- el trabajo personal/familiar por la contratación de los diversos servicios agrícolas?

Si bien se trata de una actividad conocida desde el siglo XIX, en la que se destacaban los *contratistas de trilla*, difícilmente la influencia del recurso al contratismo de servicios haya tenido en el pasado la trascendencia que ha adquirido, aproximadamente, en los últimos veinticinco años, cuando, y sobre todo a partir de la extensión de la siembra directa, desplazaría el predominio del trabajo familiar, recurso extendido en épocas de la trilla histórica en la siembra y en las demandantes –en términos de tiempo de trabajo- labores de cuidado de cultivo.

Si como sabemos hoy muchas explotaciones “familiares” contratan todas o la mayoría de las labores, el efecto disruptivo de este recurso sobre su naturaleza socioeconómica puede alcanzar el carácter de *suficiente para transformar* dichas explotaciones domésticas, vaciándolas de sus contenidos específicos y definitorios, lo cual tiende a reubicarlas en la estructura social agraria y a su consecuente recategorización y redefinición, sobre todo si consideramos la organización social del trabajo y la utilización o el peso del recurso de fuerza de trabajo externa a la familia como determinante central a la hora de definir su naturaleza.

La conclusión más significativa en relación a este punto es que ya no resultaría posible continuar denominando como familiares a aquellas explotaciones donde todas o la mayoría de las labores son

trabajo asalariado, en las capas más ricas; y reproducción incompleta y proletarización de los campesinos pobres) también se verifican otro tipo de transformaciones. Si bien la mayor capitalización, expresada en gran medida en una mayor dotación de maquinaria, expulsa a algunos sujetos “fuera de la clase” hacia “arriba”, también, paradójicamente, a otros los afianza en su carácter campesino/familiar justamente al expresarse esa capitalización en una maquinización ahorradora de fuerza de trabajo, permitiendo consolidar la participación del núcleo familiar en las principales tareas productivas (por ejemplo el maíz en los 50s)

⁵ Gabriela Martínez Dougnac. Subsistencia y descomposición: notas sobre el devenir de la agricultura familiar pampeana. En J. Balsa, G. Mateo y S. Ospital (Coords.). *Pasado y presente del agro argentino*. Editorial Lumière, BsAs, 2008.

⁶ Resumimos en este punto problemas planteados en Gabriela Martínez Dougnac. Subsistencia y descomposición... Ob.cit. y E. Azcuy Ameghino y D. Fernández. Causas, mecanismos, problemas y debates en torno al proceso de concentración del capital agrario en la región pampeana. V Jornadas de Investigación y Debate, Trabajo, propiedad y tecnología en el mundo rural argentino. UNQ, 2008.

realizadas mediante la contratación, en este caso indirecta, de fuerza de trabajo ajena. En estos casos, los antiguos productores directos han abandonado la participación física en el trabajo agropecuario (que hasta entonces los definía), reorientando su actividad hacia el ejercicio de funciones directivas y organizativas de la producción, incluida la inversión de capital en insumos y gastos vinculados con la valoración de su capital a través de la producción de mercancías

Es indudable que las explotaciones que podían identificarse como predominantemente familiares – por la ausencia de asalariados permanentes y un papel relativamente acotado de los transitorios- que recurren a la contratación de todas o la mayoría de las tareas, han perdido su carácter chacarero o familiar, ya que ni el titular ni su grupo doméstico realizan ya lo fundamental de las tareas productivas, apropiándose por el contrario, aunque sea indirectamente, de una porción de plusvalía generada por el trabajo ajeno. El titular invierte capital a efectos de valorizarlo tanto en el pago a los contratistas que realizan el trabajo productivo como en la compra de los diferentes insumos. El mantenimiento del compromiso en tareas de gestión, dirección, administración, no justificaría que se siga utilizando para definirlos categorías como chacareros, agricultores familiares o agricultores familiares capitalizados.

Así las explotaciones “familiares” fundadas en la contratación de todas las labores deberían pasar a encuadrarse en la pequeña y mediana producción capitalista. Y no ya en el sentido muy amplio de tratarse de unidades familiares subsumidas en el régimen capitalista,⁷ sino porque sus titulares – arrendatarios o propietarios (en cuyo caso teóricamente deberían percibir también la renta del suelo)- además de organizar y supervisar la producción decidiendo qué producir y cómo hacerlo, e invertir su dinero con vistas a su valorización como capital, contratan también indirectamente la fuerza de trabajo que llevará adelante las labores. O sea que tercerizan, delegando en otra empresa, el desarrollo de lo esencial del proceso productivo a cambio del pago de una tarifa prefijada en acuerdo con los prestadores del servicio. Si atendemos a la distribución de la plusvalía generada por quienes operan las maquinarias que prestan estos servicios agrícolas, podría señalarse que, en el caso de que éstos sean obreros rurales, la plusvalía generada se repartiría entre el dueño de las maquinarias -el “empresario” contratista- y aquel que organiza la producción, vale decir nuestro antiguo agricultor familiar hoy devenido en pequeño capitalista agrario.

¿Y qué sucedería en el caso en el cual, como bien han observado algunos autores, el recurso del contratismo se vincula de forma más evidente a una estrategia de supervivencia de un productor familiar descapitalizado⁸? No debe olvidarse que en los últimos años, una disminución relativa de

⁷ Luis Llambí. Las unidades de producción campesina en un intento de teorización. Estudios Rurales Latinoamericanos, vol. IV, n° 2, 1981, p. 125-153.

⁸ María Isabel Tort. *Los contratistas de maquinaria agrícola: una modalidad de organización económica del trabajo agrícola en la pampa húmeda*. CEIL, Documento de Trabajo n° 11, Buenos Aires, 1983.

los costos de prestación de labores debido a una mayor competencia en el sector, habría permitido que “aquellos que no pudieron realizar las inversiones encontraron en el mercado de contratación de labores la posibilidad de producir utilizando tecnologías de última generación”.⁹

También en este caso la realización del valor en la unidad productiva y su reproducción depende del trabajo contratado –indirectamente- por fuera del grupo familiar. El dueño de la explotación pierde su carácter de productor directo aunque se encuentre en una situación de inestabilidad y relativa pobreza (como sucede con una parte de los pequeños rentistas). Esto se debe a que ha abandonado su participación como trabajador manual, apropiándose de trabajo ajeno en el proceso de valorización de su capital –por más modesto que este sea-, mediante el recurso al contratismo. La paradoja de este sujeto es que se ha aburguesado aunque haya sido por necesidades que surgieron de estrategias de supervivencia chacarera. De este modo, al igual que algunas formas de pluriactividad, la tercerización aparece articulada a la conservación de la pequeña unidad de producción, vaciada en lo fundamental de su anterior carácter familiar.

¿Producción familiar o pequeña producción capitalista?

A partir de las consideraciones expuestas debería concluirse que, al menos en la agricultura de la región pampeana, la pequeña producción se define cada vez más claramente como pequeña producción capitalista, antes que como familiar en sentido estricto. Hoy gran parte de aquellos actores que pueden identificarse como chacareros pampeanos han sobrepasado su carácter de productores familiares capitalizados, convirtiéndose en capitalistas o en pequeños capitalistas, cuyos ingresos dependen fundamentalmente de la apropiación de plustrabajo ajeno. Esta situación los ubica ahora claramente en el campo de batalla de la competencia entre capitales. La pequeña producción capitalista, las pequeñas empresas agropecuarias que se rigen por la lógica de la ganancia del capital en el marco de la competencia, y cuya velocidad y grado de acumulación depende del tamaño del capital puesto en juego, tienden a desaparecer bajo los efectos de las leyes de la concentración y centralización del capital, a veces en condiciones de condiciones de supervivencia más adversas que las vigentes para las explotaciones de tipo campesino tradicional, ya que estas últimas se encuentran en cierta medida fuera de las imposiciones que surgen de la necesidad de reproducción ampliada del capital (en el marco de escalas productivas crecientes), tolerando en gran medida instancias de reproducción simple –e incluso incompleta- por lapsos de tiempo más prolongado, desarrollando con este fin diversas estrategias de supervivencia contradictorias con la lógica del capital (ciertas formas de la pluriactividad, resignar total o

⁹ Silvia Cloquell et al. *Familias rurales. El fin de una historia en el inicio de una nueva agricultura*. Rosario, Homo Sapiens, 2007. p.129

parcialmente la ganancia normal sobre el capital puesto en juego, no remunerar la propiedad territorial en el caso de pequeños propietarios, retribuirse exclusivamente el valor del salario, etc.).

Agricultura familiar: ¿cuál agricultura familiar? Identidad y acción colectiva

En 2008, a la luz de las características de la estructura económica de las explotaciones pampeanas y de los episodios recientes de conflictividad en torno a las “retenciones” -y de todo el acerbo disponible sobre el tema- es cada vez más necesario diferenciar entre dos niveles de existencia y manifestación de la producción familiar: a) como fenómeno socioeconómico y b) como fenómeno cultural-ideológico-político.

Sobre el primer caso nos remitimos a lo que expresamos a lo largo de estas notas, con un agregado. Aún en la parte en que nos hallamos ante la presencia efectiva de unidades de producción chacarero-familiares –es decir personas que siembran, cuidan y eventualmente cosechan sus cultivos en escalas relativamente reducidas-, se trata de individuos cuya ocupación en calidad de agentes de la producción agraria se circunscribe en su mayoría a unos 10 o 15 días de trabajo sobre los 365 del calendario. De esta manera, en el mejor de los casos, la vigencia de la producción familiar asociada a los granos de exportación, nos deja libres 350 días al año para explorar personalidades socioeconómicas alternativas o complementarias de los productores familiares, lo cual sin duda plantea una agenda de investigaciones en la que ocupa un lugar privilegiado el estudio de sus posibles actividades *off-farm* o *modalidades pluriactivas*.

De más difícil abordaje, pero sin duda una indagación incitante, es la existencia –y probada vigencia una vez más en decenas de los recientes piquetes chacareros- de la identidad colectiva que unifica a un conjunto amplio y heterogéneo de pequeños productores bajo la denominación común de productores familiares, chacareros. En este sentido, la progresiva y sumamente avanzada liquidación de la producción puramente familiar hace que la significativa acción colectiva encuadrada bajo el influjo de esta antigua identificación se asemeje a la iluminación eficaz del escenario político por una estrella, paradójicamente, cuasi extinguida.

En este sentido, tanto los vigentes componentes identitarios, como las inexorables reacciones de la realidad propia del plano socioproductivo sobre su supuesto emergente político-cultural, al que no pueden menos que ir modificando en un sentido cada vez más, podríamos decir, capitalista, difícilmente puedan desvincularse de algunos hechos –o indicios- recientes, dispersos en las acción práctica y discursiva del frente agrario que impulsó la derogación de la resolución 125.